

FUNCION ROGATIVA DEL ORO MUISCA

Clemencia Plazas*

Arqueóloga

La orfebrería que deslumbró a los españoles en el siglo XVI provenía en su mayoría de grupos que la elaboraron alrededor de diez siglos atrás en su período de alto desarrollo. Era oro extraído de túmulos, de tumbas profanadas febrilmente, a lo largo de los ríos San Jorge y Calima, entre otros. Pero en tiempos de la conquista, en la Sierra Nevada de Santa Marta y en el altiplano Cundi-boyacense habitaban en un relativo esplendor las sociedades Tayrona y Muisca, de habla chibcha, que mostraban una viva tradición orfebre. La Muisca venía desde el siglo IX d.c., según las fechas obtenidas. Su orfebrería aparece dispersa por todo el altiplano, extendiéndose inclusive por la vertiente occidental de la cordillera hacia el río Magdalena. Aunque en el siglo XVI esta región estaba dominada por los Muzos, tradicionalmente pertenecía a los Muiscas. Los cronistas relatan como ingresaban subrepticamente en la región Muzo para depositar ofrendas en el cerro de la Furatena.

Para la sociedad muisca el oro tenía una función muy precisa, íntimamente ligada al culto religioso. La mayoría de las piezas encontradas en el altiplano cundi-boyacense son ofrendas, pequeñas figuras con distintas representaciones, caracterizadas por cierta tosquedad. Hombres, mujeres, niños, animales, adornos en miniatura y escenas de la vida política y social de los muiscas forman la iconografía habitual de estas figuras.

La perfección del sistema empleado por los muiscas llegó al grado de contar con orfebres altamente especializados, además del orfebre artesanal. Algunos recorrían el territorio ofreciendo sus servicios, "los

* Directora Museo del Oro

Guatavita por la mayor parte/ eran artífices de labrar oro/ y entre los indios reputados/ por más sutiles de aquestos usos/ y así por las provincias convecinas/ ajenas de las de este señorío/ andaban muchos de ellos divertidos/ ganando de comer con sus oficios", según el testimonio de Castellanos. Otros estaban establecidos en centros de producción. Uno de los centros estuvo posiblemente localizado en Pasca, por donde llegaba el oro adquirido por intercambio con las gentes del valle del río Magdalena. Allí se han hallado numerosas matrices y objetos utilizados en las fundiciones, lajas pulidas para trabajar la cera, sopladores de cerámica para avivar el fuego, además de piezas singulares por la perfección de su acabado. Además de estos grandes centros de producción había otros más pequeños seguramente en cercanía de los distintos santuarios, manejados por orfebres que utilizaban matrices de piedra en una fundición menos cuidada, para elaborar cantidades de exvotos, figuras pequeñas que después de producidas llegaban a manos de los oferentes que las brindaban a los dioses. El visitador español Diego Hidalgo de Monte Mayor, inspeccionó 250 santuarios para destruirlos a fin de acabar con la idolatría. En su relación de la misión, habla de las piezas que eran fundidas la víspera de su llegada en un intento de conseguir la salvación de determinados santuarios (Vicenta Cortés, RCA. Vol. IX, 1960).

Según la descripción, los santuarios se hallaban en las cercanías de los poblados, pequeños bohíos de paja, lóbregos y oscuros, con puertas tan bajas que obligaban a andar a gatas. Dentro se encontraban figuras de oro, cobre, algodón o madera adornadas con piedrecitas o cristales de esmeraldas y plumas colocadas entre algodones en recipientes de cerámica o calabazos, depositados, a su vez, dentro de una mochila que colgaba en el centro del recinto.

El uso generalizado de la tumbaga, aleación de oro con una proporción mayor de cobre, es un indicio de la escasez del oro en el altiplano. Los Muisca obtenían el metal por intercambio con las zonas bajas, los playones aluviales del valle del Magdalena, en su mayor parte. La función votiva de las piezas muisca permitía la indisimulada presencia del cobre. Inmediatamente después de ser producidas eran depositadas en los lugares de ofrenda y por esto no eran sometidas al dorado superficial común en otras tradiciones orfebres.

La mayoría de las piezas muisca es plana, sin núcleo. Han sido fundidas a la cera pérdida en moldes individuales, reproduciendo en ocasiones series de la misma figura; esta modalidad de producción era consecuencia de la finalidad rogativa de cada pieza que, a su vez, simbolizaba lo pedido en el ruego. Este sistema implicaba una matriz en piedra para evitar la repetición del diseño. Las matrices se elaboraban tallando piedras de poca dureza hasta obtener un diseño en altoprelieve, con múltiples motivos en todas sus caras. Se utilizaban para imprimir

sobre arcilla blanda el diseño, al secarse ésta se recubría el interior del molde obtenido con una capa de cera de abejas sobre la que se estampaba de nuevo la matriz. Resultaba así un modelo de cera impreso por ambas caras, que hecho en serie servía para fundir la cantidad de objetos requeridos. Con este procedimiento se fabricaban cuentas de collar, tunjos y, ocasionalmente, adornos para pectorales y otras piezas de mayor tamaño. Los tunjos por lo general no eran sometidos a ningún tipo de pulimento, presentado el embudo y los conductos por donde ha fluido el metal fundido, rebaba y excesos de metal.

La rugosidad de estas piezas se explica por su lento enfriamiento dentro del molde, presentando una textura dendrítica que les da un aspecto de tosquedad. La aparente ingenuidad en el diseño de las piezas muiscas es, en realidad, una simplificación y, en cierto sentido, una estilización de las líneas para simbolizar la exigencia de la ofrenda. Su forma triangular resulta adecuada para ser clavada en el suelo o colocada dentro de recipientes de boca angosta destinados para ese efecto.

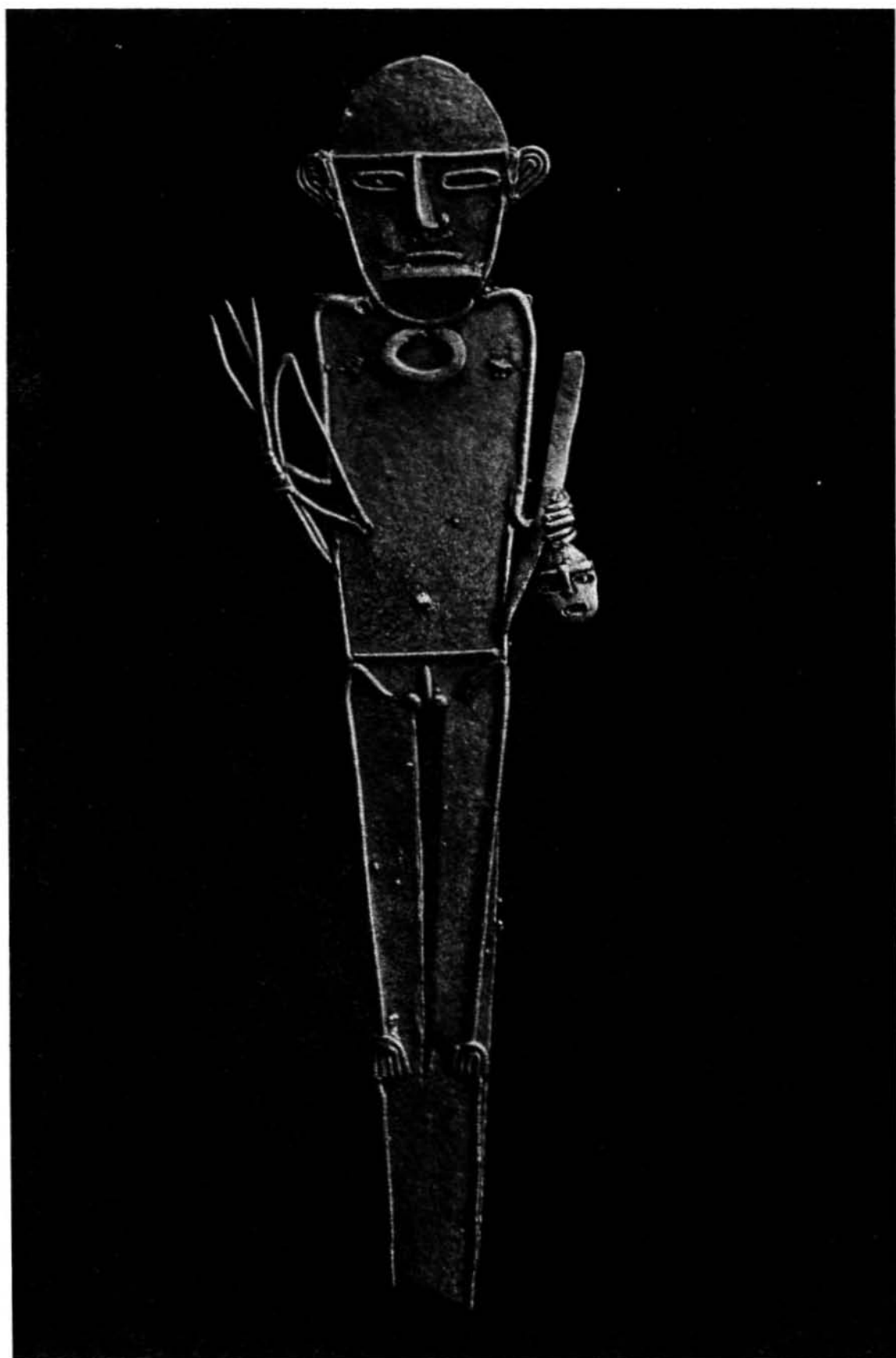
Los hallazgos de conjuntos votivos que llegan a los museos, están compuestos por un número variado de figuras metálicas que varía entre cinco y treinta, generalmente depositados en un recipiente de cerámica, localizado bajo lajas de piedra en sitios abiertos, no asociados con lugares de vivienda o entierro, en cuevas o parajes de gran encanto natural.

Las ofrendas se hacían a través del jeque o sacerdote, mediador entre ofrendantes y dioses. Observando con cuidado los tunjos y otras representaciones, podríamos pensar en un lenguaje específico en unas convenciones determinadas para pedir un milagro o agradecerlo. Guerreros, figuras masculinas con atuendos que seguramente identifican sus diferentes rangos, hombres o mujeres con instrumentos para la coca o con niños, miniaturas de sus diversos adornos, cóndores, serpientes y jaguares, escenas de la vida política y social no indican con claridad un determinado tipo de ofrenda para obtener un beneficio específico. No aparecen como es corriente en este tipo de prácticas, representaciones de parte del cuerpo, indicando tal vez que los exvotos no tienen relación con aspectos de salud, sino con peticiones menos corporales, centradas en otros aspectos de la vida, sin que esto quiera decir que se tratara de ofrendas para obtener beneficios metafísicos. El lenguaje de los exvotos es necesariamente simbólico y polivalente, multívoto, donde una figura, bien sea la de un guerrero, una mujer con un niño, un animal o un adorno van más allá en la expresión de lo que representan literalmente. Así, un adorno puede representar simbólicamente a la figura que la porta y aquí la parte representa al todo. Se requiere un cabal conocimiento de las costumbres muiscas para aseverar el significado específico de las pequeñas representaciones del

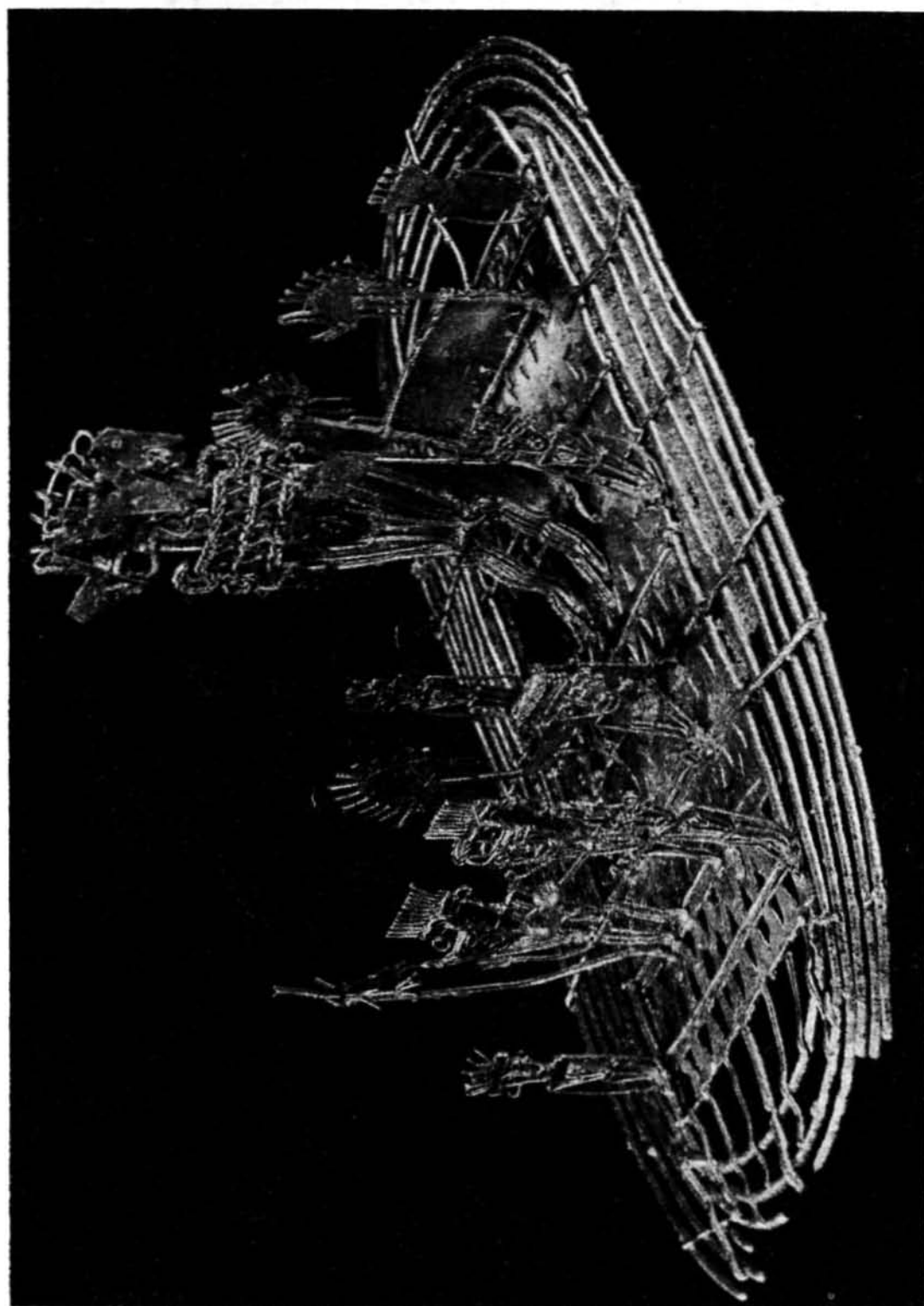
exvoto. Aunque la costumbre votiva es universal el significado de la ofrenda está condicionado por el sistema simbólico establecido por la práctica religiosa. Entre los muiscas coexistían varias clases de ofrendas, manifestadas por el tipo de material con el que eran hechas. Junto al oro trabajado según la tecnología comentada, aparecen la madera y el algodón. Podemos establecer claramente que un exvoto de oro pedía lo mismo que un exvoto realizado en algodón, simplemente, había diferencias sociales y política entre ofrendantes de una misma representación, de un mismo ruego. La tecnología empleada en el trabajo orfebre y la observación de la imaginaria representada por los exvotos nos lleva a establecer una característica básica de su proceder religioso, por un lado, de la especialización de personas para la elaboración de las distintas ofrendas, del carácter popular, masivo de la práctica. También nos indica que una costumbre religiosa de esta naturaleza precisaba de una casta sacerdotal encargada de guardar los objetos de ruego o de gratitud. La relación del visitador Diego Hidalgo de Montemayor sobre la destrucción de los santuarios muiscas en 1577, habla de sacerdotes encargados del santuario, practicantes de la castidad, santeros que recogían las ofrendas después de ayunar con los ofrendantes. Su función sacerdotal no estaba alejada del sistema de gobierno, en cuanto los capitanes, dependientes de caciques menores tributarios a su vez del Zaque y del Zipa, los máximos gobernantes, hacían entrega al conquistador de los santuarios con las ofrendas que no habían sido escondidas.

El territorio muisca no presenta diversidad en cuanto a lo votivo. Las diferentes matrices estudiadas por Stanley Long no presentan diferencias esenciales de un lugar a otro y esta evidencia es confirmada por el análisis de alrededor de 400 tunjos de distintas procedencias, pertenecientes a la colección del Museo del Oro. Las figuras representadas participan de la misma clase de elaboración y no ofrecen marcadas diferencias, homogeneidad que refleja la unidad cultural del altiplano.

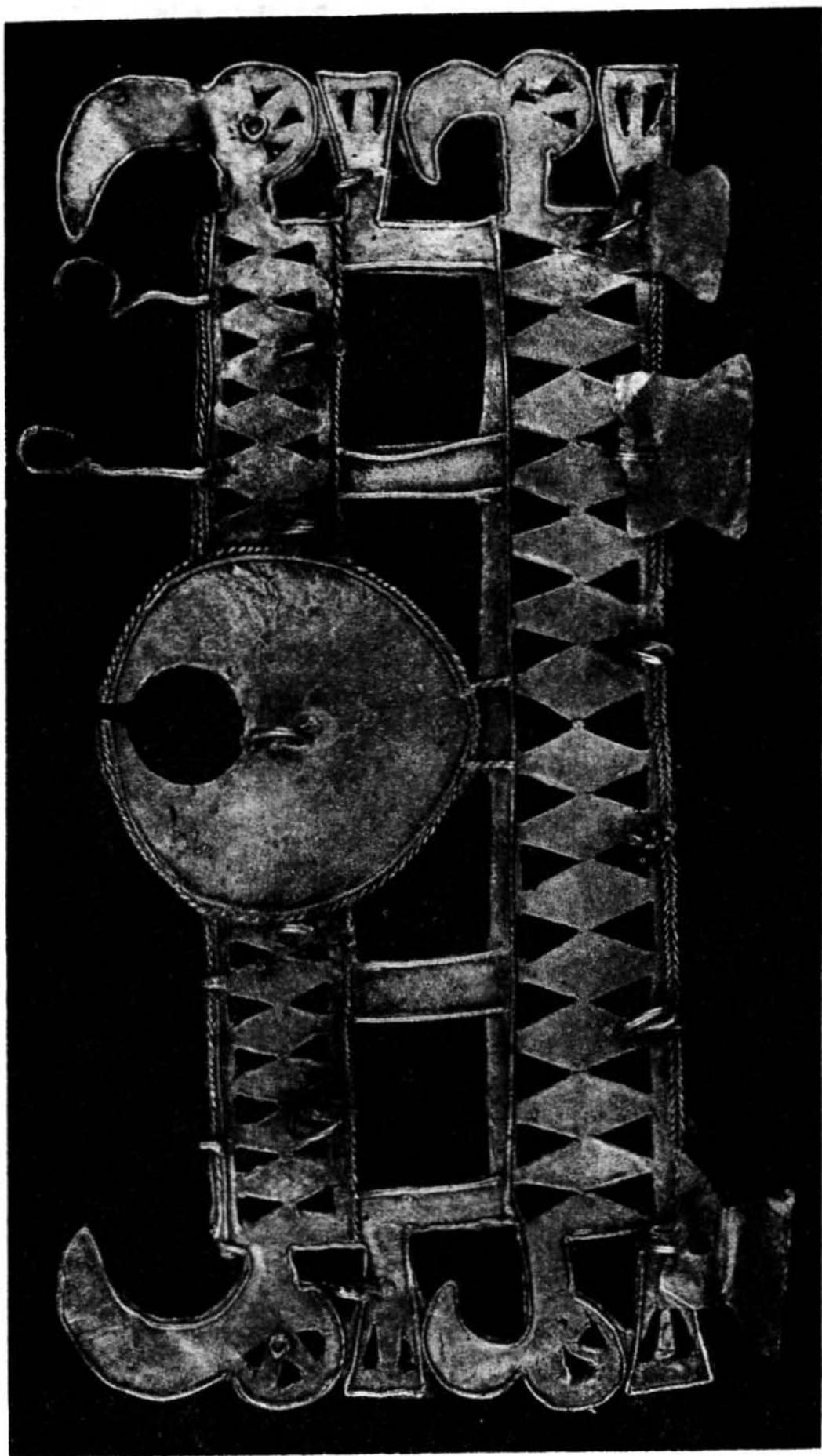
Muiscas y Tayronas a pesar de ser habitantes de las regiones montañosas y de poseer lenguas de una misma familia lingüística, su oro muestra visibles diferencias. Mientras la orfebrería Tayrona exhibe en miles de piezas su función emblemática, que servía para identificar clanes, seguramente correspondientes a grupos confederados que detentaban el poder político y religioso, las piezas muiscas, en número superfluo y de gran tosquedad, sugieren su uso popular y una elaboración en serie para satisfacer la amplia demanda de oro trabajado, con fines rogativos. Eran pues sociedades con distinto tipo de gobierno y con diferentes actitudes hacia el oro y su función.



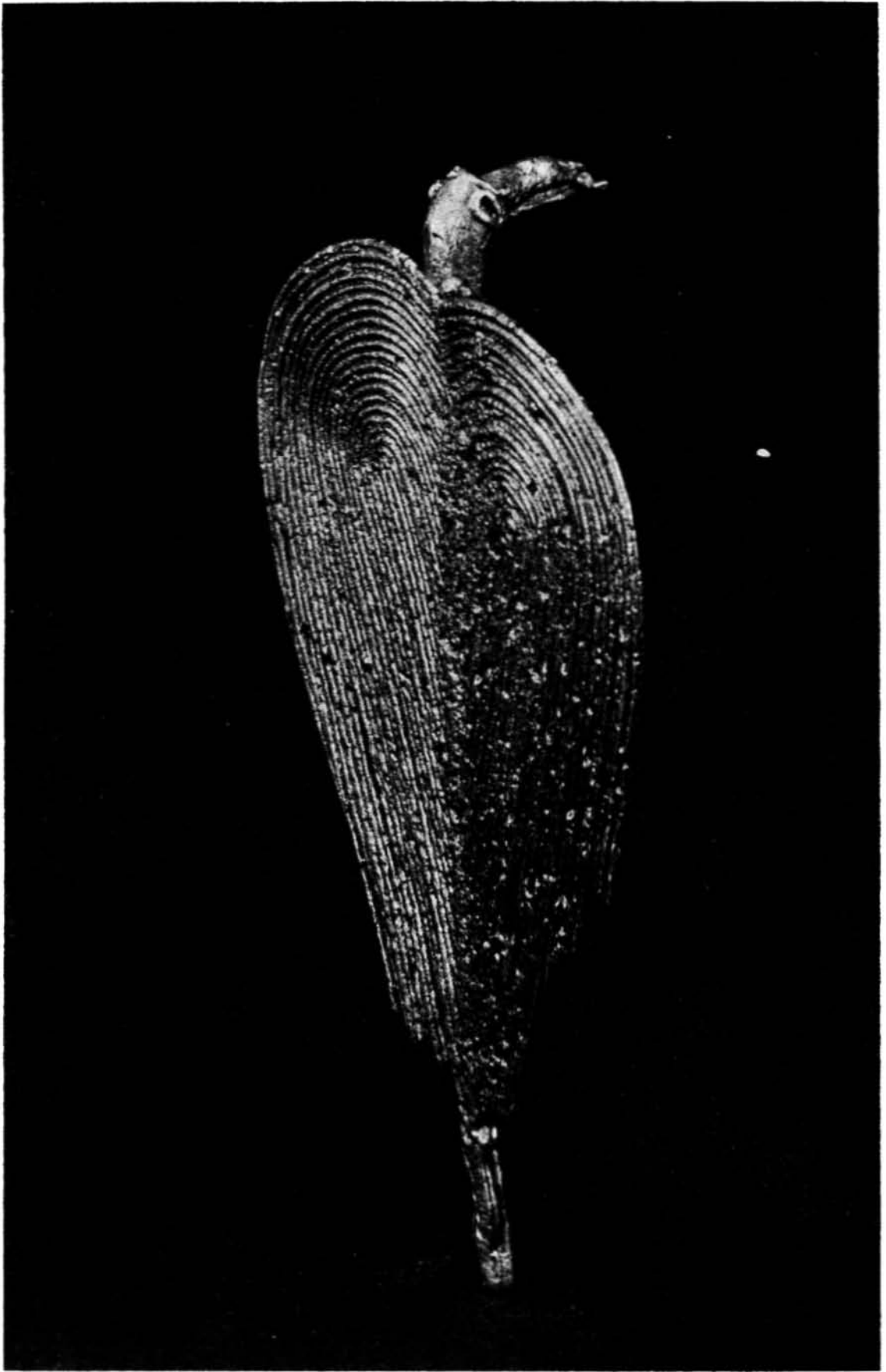
Guerrero con su atuendo característico, cabeza rapada, barra horizontal dentro de la boca, pectoral circular, armas y cabeza trofeo.



La balsa muisca es un ejemplo de las representaciones de escenas de su vida política.



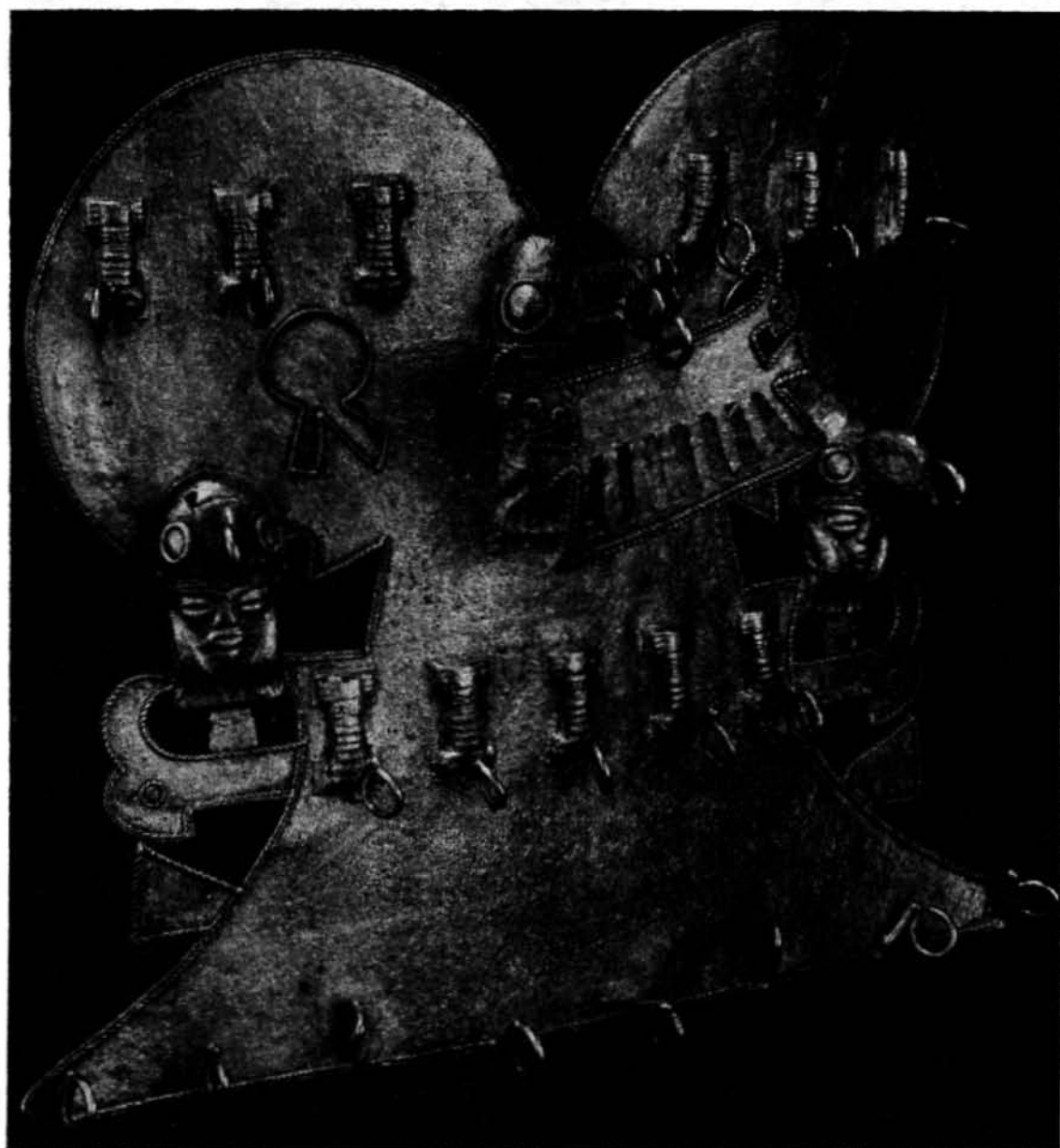
Entre las escasas piezas de adorno muisca se encuentran narigueras caladas con figuras de aves.



Ofrenda en forma de cóndor.



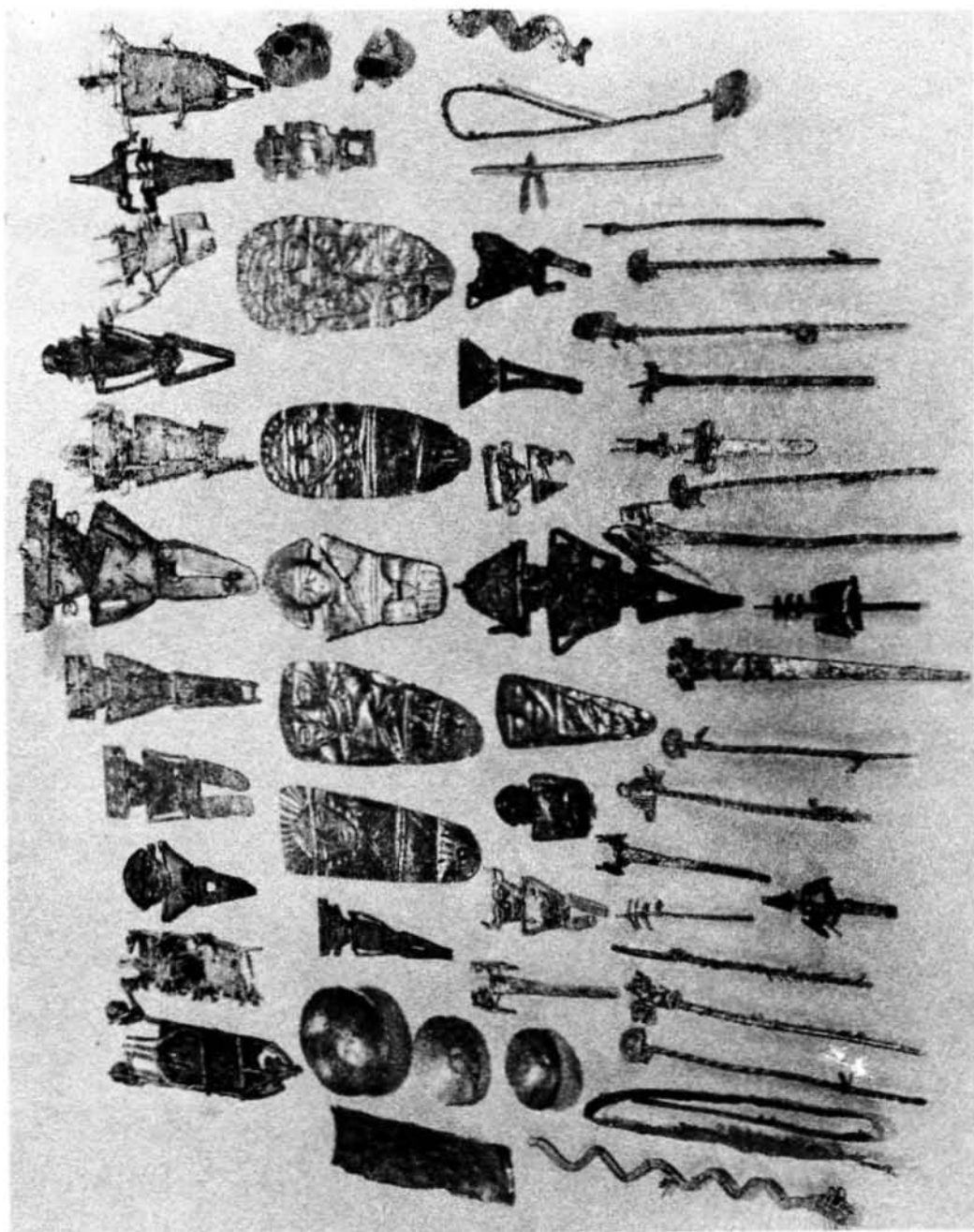
Son muy comunes las representaciones de mujeres sosteniendo niños o de niños en sus cunas.



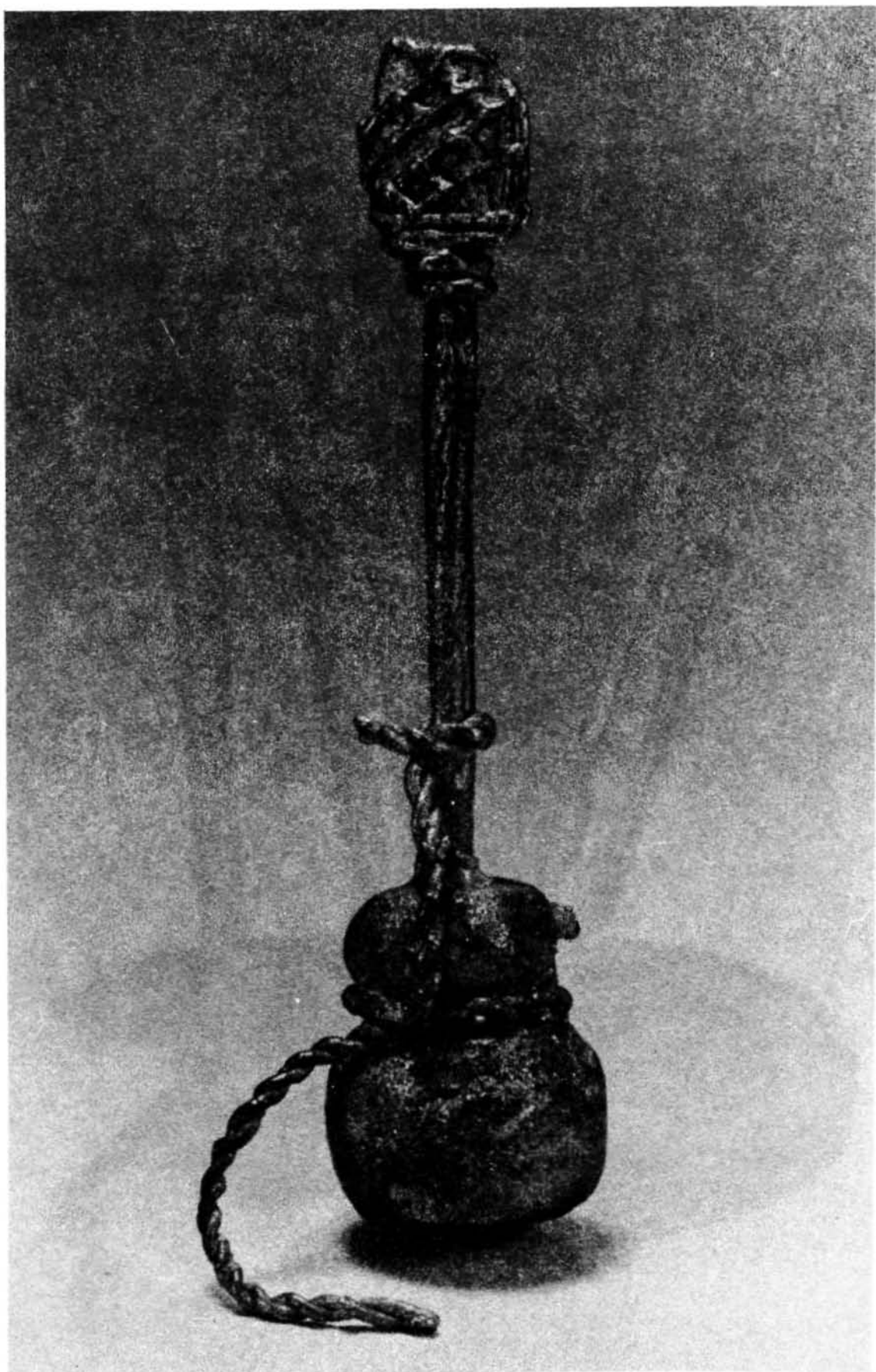
Los adornos de este pectoral ornitomorfo fueron elaborados con matrices de piedra.



Figura femenina elaborada con matriz de piedra.



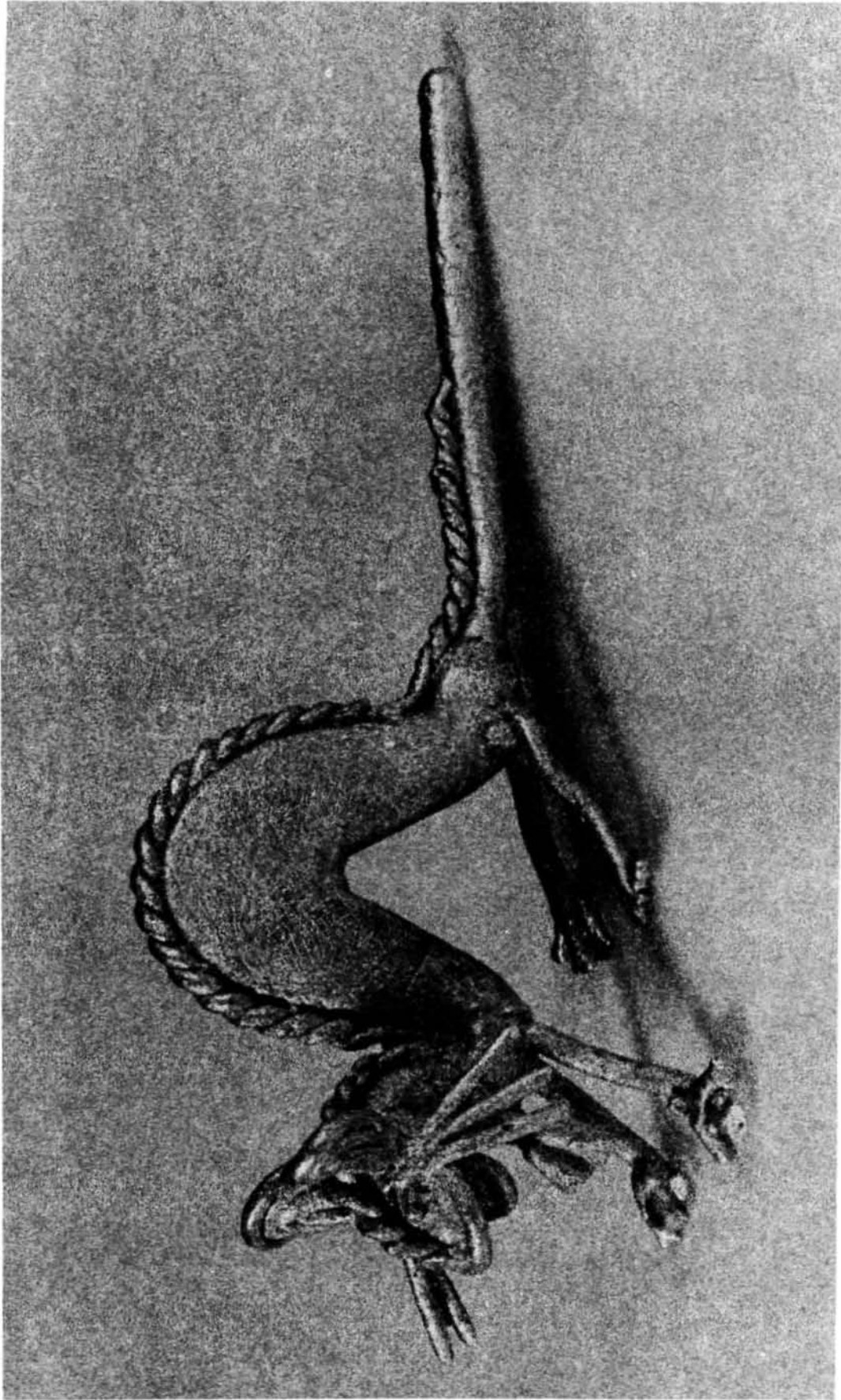
Grupo de ofrendas encontradas en Funza, Cundinamarca, dentro de un tosco recipiente tubular de cerámica.



Ofrenda en forma de poporo para guardar la cal utilizada en la masticación de la coca.



Escena que muestra una figura sentada con mochila a la espalda, poporo a su derecha y espátula terminada en dos pájaros, elementos indispensables en el consumo de la coca.



Animal fantástico con superficie sin pulir.



Representación en cobre de un caracol.